

Entre la ofensiva y el ataque. Las revistas *Redacción* y *Somos* ante las declaraciones de los políticos sobre el Gobierno militar en 1978

Marcelo Borrelli

Universidad de Buenos Aires/ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

Resumen

Este trabajo analiza la posición editorial de las revistas políticas *Somos* y *Redacción* frente a lo que en noviembre de 1978 se conoció como la declaración de los políticos, en torno a las críticas hacia el Gobierno militar que hicieron públicas dirigentes políticos y de otra índole. El tema tomó cierta relevancia en la agenda de la prensa debido a la sincronidad de las declaraciones y a que se trataba de la primera vez que se daban a conocer pronunciamientos críticos de manera tan enfática. Las declaraciones fueron puestas en primer plano por las dos revistas aquí analizadas, que las llevaron a sus tapas y le dedicaron sus notas principales, una muestra del impacto que efectivamente generaron en el ámbito político-castrense y también en los sectores de la opinión pública más informados. A través del estudio de las publicaciones observaremos de qué manera analizaban, en la coyuntura de fines de 1978, la relación entre las Fuerzas Armadas y los dirigentes políticos, cómo adjetivaron a estos sectores y cómo interpretaron la posición del Gobierno militar frente al futuro político del país.

Palabras clave: prensa argentina, dictadura militar argentina, revista *Somos*, revista *Redacción*.

Artículo recibido: 21/09/15; **evaluado:** entre 22/10/15 y 10/12/15; **aceptado:** 17/12/15.

Introducción (1)

Hacia noviembre de 1978, luego de dos años y medio de dictadura militar, los dirigentes políticos de varios partidos nacionales esperaban algún tipo de convocatoria de las Fuerzas Armadas para empezar a concretar la desembocadura en la “democracia madura” que los militares prometían como meta de su gobierno. Sin embargo, a partir de la reorganización del gabinete dispuesta por el presidente *de facto* Jorge Videla en ese mes, se sintieron nuevamente desairados ante la negativa de la dictadura de iniciar una posible “apertura” hacia los civiles. En ese contexto, dirigentes como el desarrollista Arturo Frondizi y el radical Ricardo Balbín realizaron declaraciones críticas sobre el Gobierno y la realidad nacional. Con intereses diferentes, y con otra trayectoria en su haber, el en ese entonces reciente ex jefe de la Marina Emilio Massera hizo públicos sus reparos sobre la política económica conducida por el ministro José Alfredo Martínez de Hoz. Y en

noviembre, en una exhibición pública que llamó la atención en ese momento, el ex presidente militar de la “Revolución Argentina”, Juan Carlos Onganía, realizó también reflexiones políticas que incluían la cuestión de los partidos, aunque sin referirse directamente al Gobierno.

Las declaraciones de “los políticos” —siguiendo el calificativo con que las revistas *Redacción* y *Somos* describieron a los protagonistas— pusieron de relieve que, desde inicios de 1978, se estaba conformando un nuevo momento de la relación entre los partidos tradicionales y las Fuerzas Armadas, marcado por la desilusión de los primeros al no ser interpelados como “interlocutores válidos” para definir el futuro político del país, con la consecuente profundización de la desconfianza hacia los militares en torno a sus reales intenciones en el poder. En esta situación las declaraciones fueron puestas en primer plano por *Redacción* y *Somos*, que las llevaron a sus tapas y les dedicaron sus notas principales, una muestra del impacto que, efectivamente, generaron en el ámbito político, castrense y en los sectores de la opinión pública más informados. De manera tal que, a través del estudio de estas dos publicaciones, que tenían como objeto principal de sus agendas temáticas la actualidad política, observaremos de qué manera se analizó en la coyuntura de fines de 1978 la relación entre las Fuerzas Armadas y los dirigentes políticos, cómo adjetivaron a estos sectores y cómo interpretaron la posición del Gobierno militar frente al futuro político del país.

Las revistas

Redacción nació en marzo de 1973 bajo la dirección del periodista Hugo Gambini, quien en ese entonces ya tenía una importante trayectoria en medios escritos. Su publicación era mensual, su extensión promediaba las 68 páginas y su tirada en el periodo osciló entre quince mil y treinta mil ejemplares (2). A fines de los noventa, *Redacción* pasó a llamarse *Redacción Económica* y fue publicada hasta el año 2003. La revista no estaba separada por secciones, pero abarcaba diversos temas, desde la actualidad política, pasando por la economía, la cultura y la historia, entre otros. Se presentaba como un exponente del periodismo de interpretación y estaba destinada a un lector informado.

Desde una concepción muy crítica con el peronismo, *Redacción* apoyó el golpe de 1976 y reconoció la legitimidad de las Fuerzas Armadas para modelar el nuevo sistema político, pero con cierta premura les reclamó a los militares que concretaran algún tipo de propuesta hacia los políticos y convergieran hacia una democracia “madura” en un plazo no excesivo. Hacia 1978, al no existir una propuesta política precisa por parte del Gobierno militar y frente al escaso interés en

incorporar a los partidos políticos, la revista parecía albergar una mayor desconfianza en torno a los verdaderos objetivos del Gobierno militar (Borrelli, 2014).

El primer número de *Somos* salió a la venta el 24 de septiembre de 1976 y se publicó por última vez el 22 de diciembre de 1993. Su director fue Aníbal C. Vigil, quien también se desempeñaba como presidente de la Editorial Atlántida, empresa de medios de la cual formaba parte la revista. Su periodicidad durante la etapa de estudio fue semanal, y se publicaba los viernes. En el año 1978 *Somos* tuvo una circulación neta pagada que promedió los treinta y tres mil ejemplares (3). Se trataba de una publicación orientada fundamentalmente a fracciones de la clase media, incluido sectores empresariales, interesados en la coyuntura política y económica nacional, así como también en la vida cultural (aunque *Somos* se caracterizó también por publicar notas de interés más general o de “color”).

Desde el inicio de la dictadura, la Editorial Atlántida se destacó por ofrecer un apoyo explícito y militante a las Fuerzas Armadas en el poder, que se concretó desde varias de sus publicaciones —además de la novel *Somos*, se destacarán sus revistas insignias *Gente y la Actualidad* y *Para Ti*—. Este apoyo tuvo como uno de sus emblemas el rechazo a las denuncias que eran difundidas desde el extranjero sobre las violaciones a los derechos humanos en la Argentina, además de sostener un anticomunismo militante, coincidir en la visión autoritaria de que la dictadura profesaba en ámbitos como el educativo y el de la organización familiar, o difundir notas estigmatizadoras sobre los “guerrilleros” y “subversivos”. *Somos*, además, se destacará por su adhesión al liberalismo económico y su apoyo a la política económica de Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura en el periodo 1976-1981 (Borrelli y Gago, 2014).

El contexto político de las declaraciones de noviembre de 1978

Luego de más de dos años en el poder, hacia mediados del año 1978, la dictadura militar gozaba de cierto capital político frente a la opinión pública, donde prevalecían tendencias favorables para una apertura pactada y controlada por las Fuerzas Armadas, estimuladas por cierta recuperación económica durante 1977, el éxito en el Mundial de fútbol de junio de 1978 y el “orden restablecido” luego de la etapa más dura de la “lucha antisubversiva”, represión clandestina que ya se había cobrado una gran proporción de sus víctimas y empezaría a desacelerarse desde mediados de 1978 (Novaro y Palermo, 2003: 119 y 235). Pero la “victoria sobre la subversión” estaba perdiendo su fortaleza como una de las principales bases de legitimidad de los militares en el poder, porque no se avanzaba con claridad ni en la economía ni en la propuesta de una institucionalización futura para el país, lo cual aletargaba el paso hacia otra etapa del Gobierno militar.

En torno a la relación de la dictadura con los dirigentes políticos, durante estos primeros años las Fuerzas entre los escarceos de diálogo para evitar el aislamiento y el temor a que una apertura política desmedida pudiera lesionar los objetivos disciplinadores a largo plazo. Esta ambigüedad también se registraba cuando, a la par que se publicitaba la necesidad de una transformación radical de las estructuras políticas del país, ciertos sectores castrenses mantenían contactos con los representantes de la vieja “partidocracia”, así como también con los sindicalistas señalados como “corruptos”. A esta ambivalencia se sumaban las diferencias castrenses en torno a los planes políticos que confrontaban a “duros” con “moderados” (Canelo, 2008), los proyectos políticos personales del general Roberto Viola y del almirante Massera, que tendían sus propios contactos para preparar la sucesión de Videla en marzo de 1981, y la contradicción extrema de un discurso público que conjugaba la reivindicación del “diálogo” en el marco de una pretendida “vocación democrática” con los efectos concretos que el ejercicio criminal de la represión iba teniendo en la sociedad civil y en la dirigencia.

Los partidos políticos, paulatinamente, estaban intentando salir de los márgenes del escenario nacional y pujaban por algún tipo de convergencia con los militares o una salida institucional (Quiroga, 2004; Yannuzzi, 1996). A partir de 1978 se había ido perfilando un “reclamo coincidente” en la oposición política al Gobierno militar, que comenzó tenuemente a “disputarle” al Estado autoritario el monopolio de la política. Este reclamo se componía de ciertos puntos básicos: diálogo y participación política, restablecimiento del Estado de derecho —aunque sin mencionar plazos—, mayores libertades políticas y modificación de la política económica. En todas las expresiones de los dirigentes civiles se reconocía el rol decisivo que habían tenido las Fuerzas Armadas en la “lucha antsubversiva”, no se explicitaba intención alguna de conformar una oposición antidictatorial y no se avizoraba una salida política autónoma que excluyera a la corporación militar. La cuestión de los derechos humanos y los desaparecidos no constituía una demanda específica de los partidos (Yannuzzi, 1996: 267), y la disputa “democracia vs. dictadura” no estaba abiertamente planteada; aún la relación se cifraba más en los términos tradicionales de “aliados y adversarios” (Quiroga, 2004: 137).

En este marco, a mediados de 1978 se había concretado el primer recambio en la Junta Militar luego del golpe de 1976. Viola se había hecho cargo el 31 de julio de la comandancia en Jefe del Ejército y de su correspondiente puesto en la Junta Militar (4), mientras que Videla dejaba ambas funciones y pasaba a ejercer la presidencia de la nación como militar retirado hasta el 29 de marzo de 1981. El 6 de noviembre de 1978 se realizó la primera reorganización integral del gabinete nacional que, luego de complicadas y largas negociaciones entre Videla y la Junta, confirmó la tendencia del régimen a inclinarse sobre sí mismo y a no abrir el juego a los dirigentes políticos tradicionales. El recambio había generado ciertas esperanzas en la dirigencia para integrar

hombres de sus filas en el Gobierno militar y de esa manera ir tejiendo una futura “convergencia cívico-militar”. Desde la propia Secretaría General de la Presidencia que asesoraba a Videla sobre cuestiones políticas se había elaborado un plan para incorporar civiles al Gobierno y a las Gobernaciones provinciales; hasta se había armado un listado de posibles postulantes. Sin embargo, Videla decidió apoyar al principal y único proyecto político de envergadura que se consagraría en los años que restaban de su mandato presidencial: la profundización del programa de Martínez de Hoz en torno a la apertura comercial y la liberación del mercado financiero. En todo caso, la cuestión de la “apertura” quedaría para más adelante (Novaro y Palermo, 2003: 236).

Además de la confirmación del ministro de Economía en su puesto, se mantuvo a Albano Harguindeguy en Interior, los dos ministros que más objeciones habían acumulado por parte de los dirigentes políticos hasta ese momento (Harguindeguy, además de ser otro de los apoyos de peso de Martínez de Hoz, se distinguía por su prédica antipartidaria). Los nuevos integrantes civiles que pasaron a conformar el gabinete también reforzaron la cerrazón de la dictadura y el desaire para los políticos, ya que formaban parte de los sectores más integristas y conservadores del espectro ideológico nacional, contrarios a cualquier apertura a los partidos tradicionales (5).

Las declaraciones

Noviembre de 1978 fue el mes de los “pronunciamientos públicos” de parte de dirigentes políticos, sociales y militares (Quiroga, 2004: 136). El radicalismo, el desarrollismo y representantes de otros partidos; la Iglesia, organizaciones de productores rurales, Massera y hasta el expresidente *de facto* Juan Carlos Onganía hicieron saber sus opiniones políticas, que en algunos casos contenía una objeción sobre el Gobierno militar o una observación crítica sobre la realidad nacional. Para el análisis de las revistas aquí estudiadas las declaraciones más relevantes fueron las producidas hacia la primera quincena de noviembre por Onganía, Frondizi, Balbín, Massera y Casildo Herreras (último secretario general de la Confederación General del Trabajo —CGT— antes del golpe del 24 de marzo). Posteriormente hubo otras declaraciones de relevancia, pero que quedaron fuera del análisis de *Redacción* por cuestiones cronológicas (su edición salía hacia mediados de mes), por lo cual tomaremos las de la primera quincena que permiten la observación comparativa con *Somos*.

Onganía había brindado una conferencia en Córdoba capital el 31 de octubre de 1978, lo que significó su reaparición pública luego de haber sido desalojado de su presidencia militar el 8 de junio de 1970. En la disertación, según la prensa política de la época, había defendido a la Constitución de 1853 y había hecho una reivindicación del rol de la política y los partidos políticos,

lo que *a priori* aparecía como una contradicción frente a lo que había ocurrido durante su periodo presidencial, donde en el marco de su gestión autoritaria se había suspendido la actividad de los partidos políticos. La declaración de Onganía no contenía una crítica hacia el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, pero su reaparición sí generó interrogantes en los analistas en torno a cuál era su finalidad última y si esto se vinculaba con su vocación de volver a ocupar espacios de importancia en el escenario nacional (*Extra*, noviembre de 1978: 4).

En un documento dado a conocer el 8 de noviembre de 1978, Frondizi expresó su “desacuerdo” con la forma en que estaba siendo “conducido el proceso”, aunque advertía que ello no debía interpretarse como una propuesta de vuelta al “electoralismo”. El núcleo de la declaración residía en un minucioso análisis crítico de la situación económica y la consecuente objeción a la política económica —posición que el desarrollismo venía exhibiendo desde 1976 (Borrelli, en prensa; MID, 1981)—. Pero también avanzaba hacia una crítica más política, al observar un “aislamiento” en el gobierno y reclamarle al poder militar una mayor “apertura” y que se abriera al “diálogo” (*Clarín*, 9/11/1978: 11 y MID, 1981: 100-103).

Por su parte, el radicalismo, en el documento “Sin democracia no se alcanzarán los objetivos nacionales”, firmado por Balbín junto a otros radicales (6) el 9 de noviembre, se mostraba preocupado por las “actitudes” que “en el actual proceso” intentaban “soslayar la definida actitud democrática argentina” y exhortaba a que “sin distinciones partidarias” se luchara por la “recuperación de la democracia” (*Clarín*, 10/11/1978: 8). El documento se inscribía en el desplazamiento radical hacia la crítica política del Gobierno militar que se había iniciado en 1978, luego que en 1977 el acento estuviera puesto más en el ámbito económico (Tcach, 1996: 32-35; para el análisis del documento, véase Yannuzzi, 1996: 190-191).

Las declaraciones de Massera también fueron realizadas el 9 de noviembre al arribar de una gira por Europa donde se había entrevistado con personalidades del mundo político, entre ellas el presidente de Francia Valéry Giscard d'Estaing. Ya fuera del poder desde septiembre de 1978, Massera estaba lanzado en la construcción de su carrera política que como primer paso supuso su diferenciación del Gobierno militar a través de la objeción a la política económica. En esta línea había manifestado que las “repetidas promesas de un mejoramiento en la situación económica no se están dando en función de que sectores del Gobierno persisten en mantener una situación económica que evidentemente puede llegar a producir tensiones sociales en nuestro país” (*Clarín*, 10/11/1978: 7).

Redacción y la “ofensiva de los políticos”

Durante 1978 la cuestión de la “participación” de los partidos en el “Proceso”, el “diálogo” y el futuro político del Gobierno había sido una preocupación excluyente de la revista, que se vislumbró en la elección de sus tapas y notas principales (Borrelli, 2014). A partir de octubre de 1978 *Redacción* comenzó a publicar la sección “Tempo político”, donde se transcribían declaraciones de políticos, dirigentes civiles y de militares, o se mencionaban rumores y comentarios vinculados a la vida política nacional. La nueva sección ponía de relieve que para la revista se estaba abriendo un nuevo “tiempo” vinculado a la paulatina ampliación del juego político, que marcaba un límite para la monopolización de la política que pretendían las Fuerzas Armadas. Evidentemente en esa nueva etapa *Redacción*, desde su posición enunciativa como revista líder de opinión, había decidido influir para que el Gobierno concretara una mayor apertura hacia los civiles visibilizando las “voces políticas” del momento. Dentro de esta orientación editorial, la revista publicó varias entrevistas a dirigentes políticos, civiles y a militares sobre distintos aspectos de la realidad nacional.

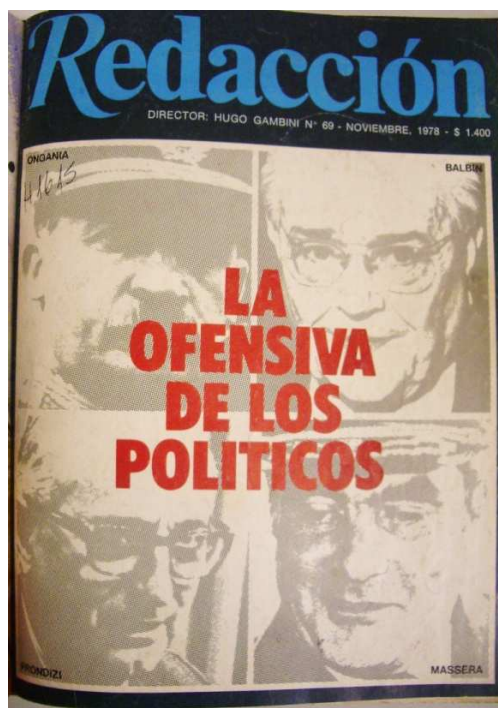


Figura 1: *Redacción*, noviembre de 1978 (Tapa)

Como se observa en la Figura 1, la tapa de noviembre de 1978 ponía en primerísima atención la cuestión de las declaraciones de los “políticos” bajo el titular, con tintes dramáticos, “La ofensiva de los políticos”. En segundo plano aparecían los retratos de Onganía, Balbín, Frondizi y Massera, en una división en cuatro partes iguales. Esta presentación, más la inclusión de los cuatro bajo la

denominación de “los políticos”, los ubicaba en un pie de igualdad, cuando se trataba de personalidades disímiles en su trayectoria y que estaban posicionados de manera muy diferente en ese momento político. Claramente eran Balbín y Frondizi los que respondían cabalmente a la denominación de “políticos”, en tanto esta se refería a dirigentes de partidos políticos reconocidos en la vida nacional. En el caso de Onganía y Massera, amén de pertenecer al ámbito militar (lo cual se evidenciaba en las dos fotos elegidas, ya que ambos aparecían con su atuendo militar, al menos parcialmente), las diferencias entre ellos eran notorias: Onganía no había tenido ningún rol en el Gobierno militar iniciado en 1976, y esas declaraciones eran las primeras que realizaba luego del final de su presidencia militar en 1970; en cambio, Massera era uno de los principales protagonistas de los acontecimientos vinculados a la dictadura, que recientemente había pasado a retiro en septiembre de 1978. De todas maneras, la inclusión de Onganía y Massera bajo la denominación de “los políticos” puede ser leída en clave también de un cierto “desenmascaramiento” por parte de la revista de las reales intenciones de las declaraciones de ambos. Más aún en el caso de Massera, que con estas declaraciones, y desde un sesgo claramente crítico, no dejaba duda alguna sobre su lanzamiento a la arena política.

Cabe destacar la idea de una “ofensiva” que parecía invertir los términos de las reales relaciones de fuerza entre los políticos y los militares en el poder, en tanto estos últimos parecían ser las víctimas implícitamente referidas de esa “ofensiva” y los políticos eran ubicados en un lugar de poder que en 1978 lejos estaban de ostentar, constreñidos por las leyes restrictivas de la dictadura en torno a la actividad política y por la represión (7). También, en esta inversión de términos, se elegía una denominación vulgarmente vinculada a la jerga de las acciones militares, pero en este caso para referir a la de los políticos. Más allá de este análisis, *Redacción* había tenido una posición ambigua frente a los partidos, en un primer momento contaminada por el clima de estigmatización que se estableció luego del golpe de 1976, que luego fue virando a posiciones de mayor revalorización que se evidenciaron en su reclamo para que el Gobierno militar ampliara el margen de acción de los partidos (Borrelli, 2014).

La nota principal de la edición de noviembre, que repetía el título de tapa, comenzaba ofreciendo una explicación contundente sobre el motivo de las declaraciones: la “desazón partidista en la elección de los nuevos ministros” (*Redacción*, noviembre de 1978: 14). Bajo el subtítulo “La marea política”, *Redacción* mencionaba que a poco de conocerse el nuevo gabinete se había desencadenado “una inusitada ofensiva política”, primero encabezada por el ex presidente Frondizi y luego por el dirigente radical Balbín, quienes habían “lanzado” “agudas críticas” (“las más fuertes de los últimos 30 meses”, recalcaba) contra “el Proceso” (*Redacción*, noviembre de 1978: 15). Luego, sin que eso implicara “coordinación alguna” sino una “significativa coincidencia”, se habían producido la reaparición pública de Onganía y las críticas de Massera. Sobre la

declaración de Frondizi la revista destacaba: “Por un lado cuestiona la gestión del equipo económico; por el otro, pone en duda la autoridad y eficacia del propio Gobierno. No establece distinguos, ni hace salvedades como en anteriores oportunidades. Esta vez el ataque es global” (*Redacción*, noviembre de 1978: 15). Luego de mencionar que Frondizi había señalado que existía un “aislamiento” que perjudicaba la “salud del proceso”, *Redacción* agregaba que “a juicio de algunos observadores, el aislamiento aducido por Frondizi podría resolverse, dentro de la óptica desarrollista, con la incorporación de un nuevo equipo económico proveniente de sus filas”. La mención intentaba poner de relieve cierto interés partidista del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) que podría llegar a poner un manto de duda sobre el real objetivo de sus declaraciones. Además, con el estilo irónico que la caracterizaba, la revista mencionaba que “no faltarían memoriosos imprudentes” que recordaran que hacia 1959, cuando Frondizi era presidente de la nación, había puesto en ese ministerio a Álvaro Alsogaray (destacado liberal que no mantenía buenas relaciones con los desarrollistas).

Sobre el documento del radicalismo firmado por Balbín, subrayaba que su contenido era “esencialmente político” y solo “accesoriamente económico”. La revista destacaba fragmentos del documento donde se enfatizaba la relevancia de la democracia, como aquel en el que se sostenía “no podemos ir hacia la democracia por caminos que la viven postergando”, reflexiones que según la revista nadie podía discutir. Esta valoración positiva se reafirmaba en el epígrafe de la fotografía de Balbín que ilustraba la nota principal: “Balbín: Una clara defensa de la democracia como sistema de gobierno”. De todas maneras, se mostraba sorprendido por la expresión radical “No admitimos la descalificación de la democracia”, ya que, según la revista, ningún sector o funcionario de Gobierno había hecho tal descalificación, al menos públicamente.

En efecto, *Redacción* sobrevalorará particularmente la idea, mencionada por diversos exponentes castrenses, de que la dictadura tenía como fin último arribar a una democracia “sólida” y “madura”, y sobrevalorará las declaraciones de Videla en donde hacía esta supuesta profesión de “fe democrática” (Borrelli, 2014). Énfasis que solo puede comprenderse por el temor de ciertos sectores civiles a que los sectores más “duros” y corporativistas de las Fuerzas Armadas se impusieran sobre los supuestos sectores “moderados”, más proclives en esta interpretación al entendimiento con los civiles.

Por último, destacaba las declaraciones del jefe de la Fuerza Aérea Agosti: “Las Fuerzas Armadas no entregarán el Proceso de Reorganización Nacional a los responsables del caos y la destrucción” como una respuesta “sin titubeos” a las “duras y diversas” críticas de frondicistas y radicales. La forma conclusiva de la declaración de Agosti, que además cerraba el apartado dentro de la nota, parecía dar cuenta de que, más allá de las intenciones de los políticos, eran las Fuerzas Armadas las que en 1978 tenían el poder de decisión sobre el futuro político del país.

Sobre las declaraciones de Onganía —presentadas en el apartado “ocho años después”—, hacía hincapié en el hecho mismo de su “reaparición”, y a cierta sorpresa por la defensa de la Constitución de 1853 y la reivindicación de los partidos que había hecho en la conferencia, lo que aparecía como una contradicción con lo que había sido su práctica autoritaria de gobierno en el periodo 1966-1970. Indicaba que los observadores no “subestimaban” esa reaparición, teniendo en cuenta que era un “nombre significativo” en el ámbito castrense, pero igualmente la revista le otorgó un lugar menor dentro en la nota. Finalmente, en el apartado “La preocupación de Massera” presentó brevemente las declaraciones del exjefe de la Armada donde refería que la situación económica podía producir “tensiones sociales”. La revista mencionaba que más allá de los proyectos políticos que podía tener o que se le atribuían, había hablado en nombre del compromiso que había dicho que adquiriría al dejar la Marina: “apoyar el Proceso (...) no silenciando críticas ni objeciones” (*Redacción*, noviembre de 1978: 18).

Como se ha observado, *Redacción* les otorgó crédito y legitimidad a las críticas de Frondizi y Balbín. En el caso de las de Frondizi recurrió a cierta ironía y sesgo crítico al ubicarlas dentro de un interés partidario no del todo confesable —como el de ocupar un ministerio— que no se repitió con las del radicalismo, con las cuales mostró mayor coincidencia, aunque más con la idea expresada en torno a la democracia —que era recurrente en *Redacción*— que con el hecho de que fueran los radicales balbinistas los que la planteaban. De todas maneras, no hubo sobrevaloraciones positivas y se utilizó un tono más neutral tendiente a lo “descriptivo”.

Las declaraciones de Massera fueron presentadas con cierta distancia y neutralidad; no se recurrió a adjetivaciones ni a ironías, aunque se le otorgó cierto crédito y legitimidad al destacar la cuestión de la “preocupación” y el “compromiso”, aspectos *a priori* positivos. En el caso de Onganía, aunque fue también principalmente descriptivo, dejó traslucir cierto sesgo crítico al mencionar la contradicción en torno a la cuestión de los partidos.

Como veremos en el próximo apartado, a diferencia de *Somos*, no se ubicó en una posición de defensa cerrada de lo actuado por el Gobierno militar, ni objetó el contenido de las declaraciones por su contenido crítico, en todo caso intentó ubicarlas brevemente en el contexto del interés partidario, principalmente las de Frondizi y Balbín.

Somos y “los ataques al Gobierno”

Somos fue la revista que mayor espacio le dedicó a lo que calificó desde su tapa como “Los ataques al Gobierno” (Figura 2). En su edición 113, del 17 de noviembre de 1978, publicó la nota homónima que contaba con 6 páginas, con un importante despliegue de fotografías, firmada por

su secretario de Redacción Gustavo Landívar. El núcleo del análisis estaba puesto en la desacreditación frontal de los pronunciamientos, a través de diversas estrategias argumentativas que intentaban poner en perspectiva para el lector la historia reciente de las personalidades que habían criticado al Gobierno militar.



Figura 2: *Somos*, 17 de noviembre de 1978 (Tapa)

La nota indicaba en orden cronológico que desde el 8 de noviembre se habían conocido las declaraciones críticas de Herreras, Frondizi, Balbín, Massera y la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP). Destacaba que las cinco coincidían en su crítica al plan económico, mientras que las de Frondizi y Balbín directamente “enjuiciaban al Gobierno”. Según *Somos* había sido como “si una especie de primavera política se desatara de golpe sobre el Gobierno”. Aseguraba que desde el Gobierno nadie había salido a “defender al Proceso”, excepto Agosti (por la declaraciones ya mencionadas), “cuya voz cundió en defensa de lo que los argentinos hemos elegido como un medio para se restituyan los valores de la República, corrompidos desde hace treinta y cinco años” (es decir, desde que Juan Perón había iniciado sus primeros pasos en la gran política). Con un tono acre, se quejaba al decir que dos años atrás “nadie (...) se hubiera imaginado que pudieran volver a oírse muchas de estas voces”, y lo que más le “inquietaba” era que “esas voces puedan conmovir el ánimo de algunos ciudadanos”. Por ese motivo se preguntaba: “¿Por qué ocurre esto?”. Esta cierta decepción evidenciaba que el

clima político estaba cambiando ya que, quienes para *Somos* debían estar estigmatizados, volvían a tener cabida en el escenario nacional. Frente a ello la revista intentaba adjudicar las responsabilidades que desde su punto de vista habían tenido los que proferían las críticas en la crisis nacional reciente para, de esta manera, desprestigiarlos y desacreditar sus juicios de valor.

Primero se ocupaba de Herreras —caso que no había sido mencionado por *Redacción* (8)—. Bajo el subtítulo “El sentido de la moralidad” (9) mostraba las actitudes de Herreras en contradicción con la “moralidad”. Recordaba que el sindicalista se había ido de la Argentina el 21 de marzo de 1976, cuando “todos sabían” que estaba por “estallar un golpe” y desde Montevideo le había contestado a un periodista: “A mí no me pregunte nada; yo me borre”, frase que para los detractores del peronismo fue el ejemplo paradigmático de la actitud mezquina y carente de responsabilidad de la dirigencia sindical peronista. La nota lo señalaba como un “artífice” del Gobierno de 1973-1976, que desde la CGT había manejado “prácticamente a su arbitrio los designios del país”. Lo describía como un dirigente gremial que había iniciado su carrera con inquietud real por los problemas laborales, pero que a medida que había ido escalando en el poder sindical había ido conformando un verdadero “aparato sindical (...) cuyo verdadero fin era el privilegio”, en un contexto donde “cuanto mayor riqueza acumulaban los sindicatos mayor empobrecimiento sufrían los trabajadores”. El apartado finalizaba con la pregunta “¿Por qué vuelve y se lo escucha sin reacción a Casildo Herreras, en noviembre de 1978?”.

Bajo el subtítulo “La ética y la política” se ocupaba del caso de Frondizi. Recordaba que Frondizi había “saludado” la caída de Perón en 1955, pero que sin embargo en 1958 había “pactado oscuramente” con el “enemigo más acérrimo”. En la reflexión del analista era un ejemplo de cómo la “violación” de la ética se olvidaba rápidamente en Argentina si se podían “acumular votos”. En 1973 había vuelto a pactar con Perón y el MID había pasado a formar parte del FREJULI (Frente Justicialista de Liberación), presencia que para *Somos* convalidaba “todos y cada uno de los actos de ese Gobierno y de los que los sucedieron hasta marzo de 1976” (10). La nota citaba fragmentos de la declaración de Frondizi del 9 de noviembre, donde abogaba por la constitución de un “movimiento nacional”, para espetarle que el expresidente había tenido muchas opciones de gobierno, entre ellas las de 1958 y 1973, y que durante sus gestiones, directas o indirectas, el país había sido sumido en “serias dificultades económicas”. Particularmente aún no se había podido salir del “caos” dejado por el gobierno del FREJULI, por eso se preguntaba al finalizar el apartado “¿Por qué vuelve y se lo escucha a Arturo Frondizi en noviembre de 1978?”.

El subtítulo que acompañaba el análisis de las declaraciones de Balbín era similar al énfasis que le otorgaba *Redacción*: “El valor de la democracia”. Allí Landívar citaba un párrafo de la declaración radical donde se mencionaba la defensa de la libertad: “Defendemos la libertad esencial para la prensa, para nuestras asociaciones sindicales y empresarias, para nuestros claustros y para los

púlpitos”, para luego preguntarse “¿Es esa libertad que existía hace tres años y que el doctor Balbín quería mantener a toda costa con tal de llegar a las elecciones?”(11). Según el analista, en ese momento, 1975, “la prensa estaba perseguida”, los sindicatos se “imponían por la fuerza” e intimidaban con sus “custodias armadas” y automóviles con sirena con una “prepotencia” nunca vista en el país, las organizaciones empresarias estaban “amordazadas” y los claustros se habían convertido en el “colegio militar de la guerrilla”, con “profesores amenazados y echados a la calle”. En esa época, según el analista, Balbín “también quería salvar a la ‘democracia’ a toda costa, aunque estuviera la vida del país de por medio” y, así, no había ejercido “la responsabilidad de la oposición que es una exigencia de la verdadera democracia”.

Pese a estas diatribas, aseguraba que sin duda Balbín actuaba de “buena fe”, pero en esas circunstancias lo que se necesitaba era “responsabilidad” para volver al sistema democrático, que no era un “fin en sí mismo”, sino el “medio más idóneo para establecer el sistema representativo, republicano y federal”. Al finalizar el apartado nuevamente se preguntaba: “¿Por qué vuelve y se lo escucha a Ricardo Balbín en noviembre de 1978?”.

Las declaraciones de Massera fueron comentadas en el apartado “Las críticas de adentro”. Allí señalaba que en un principio el jefe de la Armada había sido el más “duro” del Gobierno, pero que luego su modalidad había ido cambiando hacia un perfil más crítico. Si bien se reconocía que nunca había negado su interés por dedicarse a la actividad política una vez retirado, lo que sí “pocos pudieron prever” fue su “inclinación hacia las fuerzas dispersas del peronismo”. Según *Somos* para Massera esa fuerza era “rescatable”, aunque sin muchas de las “banderas” que lo identificaban en los años previos. Desde este nuevo rol había pronunciado sus críticas el 9 de noviembre, con eje en la política económica, pero *Somos* aclaraba: “Massera no está en contra del plan económico, porque él mismo lo aprobó y lo alentó, sino que critica lo que señala como ‘inquietantes desviaciones’”. Finalizaba el apartado como en los casos anteriores: “¿Por qué sale ahora a hablar, en noviembre de 1978, el almirante Massera?”.

Sobre la cuestión económica, reconocía que era el “flanco más débil” del Gobierno y por eso los políticos lo atacaban. Pero, a tono con el apoyo editorial de la revista a Martínez de Hoz, realizaba un giro interpretativo sobre las críticas y las aprovechaba para resaltar que lo que estaba faltando era la profundización del sesgo liberal de la política económica. Si la economía no estaba funcionando del todo bien era, y aquí retomaba los dichos de Massera, porque no se estaban cumpliendo con los objetivos propuestos al inicio del Gobierno militar: reducción del déficit presupuestario, finalización de la política “estatizante”, mayor eficiencia en las empresas estatales y los servicios públicos y desaceleramiento de la inflación manteniendo la actividad económica. Si para la revista se había “hecho bastante” en materia económica (revertir la cesación de pagos y alcanzar el crédito externo, impulsar la actividad del campo, ordenar el Presupuesto, disminuir la

inflación, estabilizar el valor del dólar, imponer el orden y la disciplina en el mundo del trabajo), todavía quedaba “mucho por hacer” frente al “desquicio” con que se había encontrado el Gobierno, que no había tenido más que realizar el “sinceramiento de la economía” porque los políticos no habían sido capaces de ver el “problema económico en toda su dimensión”. Y esto, claramente, se vinculaba con un Estado excesivamente intervencionista, que tenía acostumbrado a los argentinos a recibir “dádivas y beneficios”. El camino, entonces, era “orquestrar una definida política de economía libre” sin demoras porque “el enemigo es implacable”.

A tono con estas ideas, la nota finalizaba proponiendo una profundización del “Proceso” para contrarrestar a sus críticos, a la vez que exponía lo que aún aparecía como los puntos frágiles del Gobierno. En el apartado “¿Por qué hablan, entonces?”, en el que retomaba el interrogante inquisidor de los apartados anteriores, hilvanaba su diagnóstico sobre por qué la dictadura estaba cediendo espacio político a esas voces y retomaba cada caso puntual. Sostenía que si Herreras podía hablar era porque el “Proceso” no había hecho suficiente docencia sobre lo que era “moral e inmoral” y que no había definido bien todavía al “enemigo”. Si Frondizi hablaba era porque las Fuerzas Armadas no habían profundizado aún sobre el “sentido de lo ético” y porque no se había hecho “docencia” en torno a los “verdaderos responsables” del “caos” del periodo 1973-1976. Si Balbín tenía espacio para hablar y ser escuchado era porque los militares no habían definido aún con precisión cuál era el país hacia el que se apuntaba ni cuál era el modelo al que se aspiraba. Si Massera hablaba era porque había visto la oportunidad de ocupar un lugar en el campo político “increíblemente abandonado por el oficialismo”. Para Landívar, Massera estaba haciendo lo que tenía que haber hecho el Gobierno hacía tiempo: “convocar la adhesión de la población a los postulados del Proceso”. Lo que estaba faltando para la revista era un “liderazgo político” para ganar el consenso necesario; por ejemplo, que Videla hiciera política y se le diera “mayor vigor” a las medidas gubernamentales. Porque el Gobierno había tomado el poder para hacer era una “verdadera revolución” que cambiaría la “mentalidad de los argentinos” incursionando en el terreno de lo “ético, en la educación, en la justicia, en el respeto mutuo”. De lo que se trataba entonces era de “volver a las bases del Proceso”, a las que todos los argentinos habían adherido. Si a los políticos que estaban intentando “acarrear agua a sus respectivos molinos” se les enfrentaba la imagen de un gobierno “fuerte, responsable, justo, equilibrado y eficiente” ningún argentino se vería tentado por los “viejos cantos de sirena”, concluía.

Conclusiones

Al momento de evaluar las declaraciones de noviembre de 1978, *Redacción* y *Somos* tenían posiciones editoriales diferentes ante la dictadura y ante la relación de las Fuerzas Armadas con los políticos. La revista dirigida por Gambini comenzó a expresar tempranamente cierta preocupación por el rol que tendrían los políticos en la salida del Gobierno militar y en 1978 les ofreció una sección especial a sus “voces”. Y si bien aprobó el golpe de 1976 y el rol disciplinador de las Fuerzas Armadas, no se caracterizó por tener una prédica de tipo oficialista. La revista de la Editorial Atlántida, en cambio, se ubicó en una posición de activa defensa del actor militar en su proyecto refundacional de la sociedad argentina —con fuerte defensa de la “lucha antisubversiva” y rechazo a las denuncias internacionales por la violación a los derechos humanos—, y exhibió un profundo escepticismo hacia el rol de los partidos políticos y sus líderes. Además se destacó por su aprobación a la gestión Videla-Martínez de Hoz, principalmente por el proyecto de tipo liberal que encarnaba la política económica.

Desde estos espacios diferenciados consideraron las declaraciones públicas de noviembre de 1978. *Redacción* tendió a situarse en una posición de cierta neutralidad, haciendo uso de una estrategia descriptiva, de la que se apartó parcialmente para dejar entrever las intenciones políticas de Frondizi, la contradicción de Onganía o la valoración positiva de la “democracia” expresada en el mensaje radical. Lo que sí fue claro es que no denostó las declaraciones ni a los declarantes. *Somos* fue contundente y explícita en su rechazo al contenido crítico de las declaraciones y puso en evidencia con indignación las contradicciones de los declarantes —en relación a su responsabilidad en la crisis nacional reciente—. Pero la actitud de apoyo hacia la dictadura militar que implicó esa reacción se complementó con el reconocimiento de los problemas políticos que aún estaban irresueltos para las Fuerzas Armadas, por lo cual demandó que se implementará definitivamente la “verdadera revolución”, con base en la política económica, pero también en la “ética”, exigiendo para ello un liderazgo más fuerte de Videla. Así, *Somos* le señalaba al Gobierno militar que las declaraciones de “los políticos” ponían de relieve que de mantenerse el rumbo desangelado del “Proceso” —evasivo de la política, huérfano de consensos decisivos y tibio en la implementación de su política económica— lo que ocurriría sería que se perdería definitivamente su oportunidad refundacional.

Notas

(1) El autor agradece el apoyo del proyecto bajo su dirección PICT 2012-0284 de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (Argentina) que ha facilitado la redacción de este artículo. Un trabajo preliminar fue presentado en las VII Jornadas de trabajo de Historia Reciente, realizadas en la ciudad de La Plata, del 6 al 9 de agosto de 2014.

- (2) El dato fue proporcionado por Hugo Gambini (consulta por mail, 26 de abril de 2013 y entrevista realizada por el autor a Gambini, 5 de febrero de 2014).
- (3) Según el Instituto Verificador de Circulaciones.
- (4) En la Marina, Massera fue reemplazado por Armando Lambruschini en septiembre de 1978. En la Fuerza Aérea, Orlando Agosti fue reemplazado por el brigadier Omar Rubens Domingo Graffigna en enero de 1979, sucesión que se retrasó por las vicisitudes del conflicto por el canal de Beagle, que tendrá en vilo a la Argentina en el último semestre de 1978.
- (5) Juan Rafael Llerena Amadeo, de extracción católica integrista, asumió como nuevo ministro de Cultura y Educación, mientras que Alberto Rodríguez Varela hizo lo propio en la cartera de Justicia. Rodríguez Varela era un aliado del gobernador de la provincia de Buenos Aires, el general “duro” del Ejército Ibérico Saint Jean. También en noviembre asumieron como ministros el contraalmirante (RE) David de la Riva, en Defensa; el contraalmirante (RE) Jorge Fraga, en Bienestar Social y el brigadier My. (RE) Carlos Washington Pastor, en Cancillería. En enero de 1979 se completó el recambio cuando el general Llamil Reston reemplazó al general Horacio Liendo en Trabajo.
- (6) Carlos Contín, Francisco Rabanal, Luis León, Víctor Martínez, Horacio García, Alfredo Mosso y Raúl Galván.
- (7) La actividad de los partidos políticos tradicionales se suspendió por ley a nivel nacional, provincial y municipal, y en junio de 1976 se prohibió la actividad de algunos partidos políticos catalogados como “extremos” (Yannuzzi 1996: 66-7). La suspensión —y no prohibición— de la actividad política mantuvo en el inicio de la dictadura un espacio político reducido y manejado por las FF. AA. que les permitió a los militares granjearse cierto consenso, a la vez que facilitó la construcción de identidades políticas en torno a figuras relevantes de los partidos (Yannuzzi, 1996: 49).
- (8) Las declaraciones de Herreras fueron publicadas en una entrevista realizada por la revista *Gente* en su edición de la semana del lunes 13 al viernes 17 de noviembre de 1978, a la que no se ha podido tener acceso.
- (9) Frase que extraña de las “Bases para la Intervención de las Fuerzas Armadas en el Proceso Nacional” dadas a conocer el 24 de marzo donde las Fuerzas Armadas explicitaban sus objetivos tras el golpe.
- (10) Cabe recordar que el MID abandonó el FREJULI a mediados de diciembre de 1975.
- (11) Se refería a las manifestaciones de Balbín previas al golpe sobre que había que llegar a las elecciones de fines de 1977 “aunque sea en muletas”.

Bibliografía

- Borrelli, Marcelo (en prensa), *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y Martínez de Hoz (1976-1981)*, Buenos Aires: Biblos.
- Borrelli, Marcelo (2014), “¿Hacia la ‘democracia prometida’? La revista *Redacción* y la cuestión política durante los años de Videla (1976-1981)”, *Revista Pilquen*, vol. 1, año XVI, n.º 17, Centro Universitario Regional Zona Atlántica, Universidad Nacional del Comahue, pp. 1-15.
- Borrelli, Marcelo y Paula Gago (2014), “*Prepararse para un nuevo ciclo histórico*”: la revista *Somos durante los primeros años de la dictadura militar (1976-1978)*, Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza, vol. 2, n.º 5, pp. 17-40.

- Canelo, Paula (2008), *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires: Prometeo.
- Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) (1981), *La crisis argentina (periodo 1976-1981). Planteos y proposiciones del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) frente al postergado desafío de la reconstrucción nacional*, Buenos Aires: S/E.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (2003), *La Dictadura Militar 1976-1983*, Buenos Aires: Paidós.
- Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares: 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens.
- Tcach, César (1996), "Radicalismo y dictadura (1976-1983)". En H. Quiroga y C. Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario: Homo Sapiens.
- Yannuzzi, María de los Angeles (1996), *Política y dictadura*. Rosario: Fundación Ross.